

APUNTE LEGO

JULIO MIRAVALLS

La ética de la genética

«Queremos otro hijo que sea sordo, como nosotros y nuestra primera hija». Paula Garfield, directora artística de la compañía londinense *Teatro ensordecido*, y su marido escritor Tomato Lichy ya hicieron ruido hace dos años, cuando exhibían como un triunfo —en vez de una preocupación— el hecho de que su niña Molly hubiera nacido tan sorda como ellos. Ahora, cuando el Parlamento británico se dispone a debatir una amplia ley sobre reproducción, reaparecen reclamando ayuda, dado que ella tiene ya 40 años, para lograr un embarazo asistido en el que la ciencia le seleccione un embrión sordo.

Quieren que la genética les ayude a tener un hijo defectuoso. «Ser sordo no es estar incapacitado o médicamente incompleto, sino formar parte de una minoría lingüística», argumenta Lichy, claramente ofuscado por el estúpido virus de *lo políticamente correcto*, que sirve tanto para que esté feo decir en voz alta que una tara física existe, como para cometer todo tipo de desmanes y exclusiones en nombre de las minorías lingüísticas. Es claro que un sordo no debe ser objeto de discriminación alguna por este motivo, que no merma su inteligencia, ni sus derechos, ni sus posibilidades sociales; pero también lo es que carece de uno de los cinco sentidos naturales, y que estará en inferioridad con quienes oyen a la hora de percibir los coches que lleguen por la esquina; cuando llora su hijo en otra habitación; o, por supuesto, cuando el placer consiste en escuchar música.

¿Puede la ética científica asumir tal petición? La valiosa investigación genética, el trabajo con las células madre, recibe muy discutibles reproches morales aunque su propósito sea mejorar la salud. Pero si que sería preciso hacer un rotundo pronunciamiento ético para definir ciertas líneas rojas que no se pueden sobrepasar.

La genética ha excitado fantasías sobre el perfecto superhombre de Nietzsche, que inspiró algunos horrores nazis y dejaría en inferioridad a las personas *normales*. Lo que los Lichy-Garfield piden es lo contrario. No les basta un hijo capaz de convivir con su «minoría lingüística», sino que lo quieren obligado a pertenecer a ella.

El monje Gregor Mendel pasó su vida mejorando los guisantes, a base de ayudar a la selección natural con el estudio de la herencia genética. El horror no es la posibilidad de encauzar o acelerar el trabajo de la naturaleza, sino lo contrario: crear limitaciones. Con similar argumento al de esos padres británicos, otros podrían pedir un hijo ciego. O sin piernas, para retenerlo en casa. O *papá Estado* (en cualquier lugar del mundo), preocupado por la pirámide demográfica y la necesidad de trabajadores, podría considerar llegado el momento de tener hijos más obedientes, disciplinados, fuertes y laboriosos, limitados y predispuestos a conformarse y ser muy felices. Sería el derecho social a la felicidad, como un logro político de la genética. Lo describió Huxley. Y contra eso sí que debe pronunciarse la ética.

MEDIO AMBIENTE / Inaugurada en la Isla del Rey Jorge una base ecológica que se autoabastece exclusivamente de un triple sistema de energía eólica, solar y térmica

La primera 'ecobase' de la Antártida

ALFREDO MERINO
Especial para EL MUNDO

ISLA DEL REY JORGE (ANTÁRTIDA).— Es un pequeño edificio y lo que aquí se acaba de conseguir hace tiempo que se hace en otras partes del mundo: ser energéticamente autosostenible. Nada nuevo, pero la llamativa casita roja que se alza en una de las colinas que rodean Bellinghausen ha despertado por ello la atención del planeta durante estos días.

Coincidiendo con el Año Polar Internacional, durante 17 días consecutivos un grupo de siete personas, dirigidas por el explorador británico Robert Swan, han realizado sin el menor inconveniente una vida normal empleando de manera exclusiva energías renovables.

Lo remarcable de la experiencia que acaba de llevarse a cabo es que la llamada E-Base se alza en la Antártida, el rincón más alejado y con el ambiente más hostil de la Tierra. Es la primera base ecológica y autosostenible del continente helado.

Cuenta con un triple sistema energético: eólico, solar y térmico. Para ello cuenta con un generador eólico con una potencia de 1 kilowatio, dos paneles solares, cada uno con una capacidad de 142 vatios, y dos baterías de tubos térmicos. Mientras los primeros sistemas producen energía eléctrica, los últimos surten de agua caliente a la base. «Es un sistema muy sencillo, efectivo y práctico», explica Russell Oliver, responsable del mismo, «pues su instalación se amortiza al tercer año, empezando a producir beneficios por la venta de electricidad a la compañía eléctrica a partir del cuarto».

Enclavada en la isla del Rey Jorge, en el archipiélago de las Shetland del Sur, Bellinghausen es una base rusa construida en 1968. Gracias a un acuerdo establecido entre Swan y sus autoridades, éstas cedieron uno de los edificios para su proyecto de hacer realidad la E-Base.

Concedidos los permisos, Swan estableció en 2003 un convenio de colaboración con Sandy Allan, presidente de la sección europea de Coca Cola. El acuerdo sería sólo para un año, pero el que esta empresa tenga en la conservación del medio ambiente uno de sus pilares



Instalaciones científicas en la Isla del Rey Jorge, en el archipiélago de las Shetland del Sur de la Antártida. / A. M.



EL MUNDO



La base ecológica que ha establecido el científico británico Robert Swan. / A. M.

estratégicos hizo que se prolongase hasta la conclusión de la base esta temporada. Durante cinco campañas consecutivas, la multinacional de los refrescos, además de brindar su apoyo económico, ha enviado a grupos de sus trabajadores como mano de obra para ayudar en su construcción.

«Ha sido una manera más efectiva de implicarse en el proyecto, pues al regresar a sus casas y a sus trabajos, estos empleados han divulgado la necesidad de ser más respetuosos en el uso de las energías y la importancia de conservar este territorio tan frágil», explica Álvaro Bernad, uno de los empleados de Coca Cola que participa en la Inspire Antarctic Expedition.

Esta expedición, integrada por 88 personas de 25 nacionalidades

diferentes, es el modelo educativo que Robert Swan seguirá en próximas campañas, teniendo a la E-Base como epicentro. «Quiero que venga hasta aquí la gente, para que se empape de lo que es la Antártida y, a su regreso a casa, inspiren a los suyos en el camino de preservarla para siempre», señala el británico.

Ya terminada, la base ha sido cedida por Coca Cola a Swan, quien continuará con su programa en favor del séptimo continente. «Aparte de las energías renovables, la E-Base ha sido construida utilizando materiales reciclados y reutilizados, así como productos renovables. Queremos que su ejemplo convenza a estudiantes, profesores y líderes de todas partes del mundo de la necesidad de

conservar la Antártida», explica el explorador en la puerta de la flamante E-Base. Hasta la fecha, ha mantenido diferentes videoconferencias con escuelas de varios países, así como *chats* vía internet para informar y debatir sobre su proyecto de desarrollo sostenible. Durante las próximas campañas, se organizarán visitas a la estación y recorridos por la Antártida, con el objetivo final de lograr la conservación de la Antártida más allá del 2041, año en el que vence el Tratado Antártico.

 **elmundo.es**

► **Especial:**

Sepa más sobre la Antártida y lea el 'blog' del enviado de EL MUNDO.

A. M.

Si se suma el número de personas ligadas a las bases científicas con el de los turistas que vienen a la Antártida, se calcula que hasta la fecha, han visitado el continente aproximadamente 150.000 personas.

Cada temporada el continente helado recibe en torno a 2.000 turistas. Más del 90% se concentra en los meses del verano en la península antártica.

Los pingüinos empiezan a sufrir el impacto del turismo

«Hay lugares determinados que reciben cada día cuatro barcos turísticos y esto causa impacto en las colonias de pingüinos, por ejemplo», explica Berenice Charpin, naturalista especializada en turismo antártico.

La actividad turística antártica se rige por el

Protocolo Ambiental de 1992, firmado en Madrid por las empresas implicadas en el sector y que está considerado como un anexo del Sistema Tratado Antártico, que también incluye el Convenio para la Conservación de las Focas Antárticas, el Convenio para la Conservación de

los Recursos Vivos Marinos antárticos y un acuerdo para la conservación de sus minerales.

Este protocolo pasa por ser el más riguroso que se aplica en cualquier espacio natural del mundo. Incluye normas tan severas como la prohibición absoluta de comer y fumar en cual-

quier parte del continente antártico, acercarse a menos de cinco metros de los pingüinos y 15 de las focas, llevarse cualquier resto animal, vegetal o mineral y realizar pintadas o cualquier actividad que deje huella y cambie su naturaleza.

A pesar de ello, algunos sectores consideran que hay que limitar el número de visitantes y prohibir el acceso a zonas específicas.